

LA PATRONA

Por Roald Dahl

Billy Weaver había viajado desde Londres en el lento tren de la tarde con un transbordo en Swindon en el camino y, cuando llegó a Bath, eran cerca de las nueve de la noche, y la luna estaba saliendo en un claro cielo estrellado sobre las casas situadas frente a la entrada de la estación. Pero había un frío mortífero y el viento se sentía como cuchillas planas de hielo en sus mejillas.

"Disculpe", dijo, "pero ¿habrá algún hotel moderadamente barato no muy lejos de aquí?"

"Pruebe con La Campana y el Dragón", respondió el portero, señalando el camino. "Puede que lo acepten. Está a unos 400 metros al otro lado".

Billy le dio las gracias, recogió su maleta y se dispuso a recorrer los 400 metros hasta La Campana y el Dragón. Nunca había estado en Bath. No conocía a nadie que viviera allí. Pero el Sr. Greenslade de la oficina central de Londres le había dicho que era una ciudad espléndida. "Búscate tu propio alojamiento", había dicho, "y luego preséntate ante el director de la sucursal ni bien te hayas acomodado".

Billy tenía diecisiete años. Llevaba un nuevo abrigo azul marino, un nuevo sombrero trilby marrón y un nuevo traje marrón, y se sentía bien. Caminó con brío por la calle. Estos días intentaba hacer todo con brío. El brío, había decidido, era la única característica común de todos los empresarios exitosos. Los mandamases de la oficina central siempre demostraban un brío fantástico todo el tiempo. Eran increíbles.

No había tiendas en esta amplia calle por la que caminaba, solo una línea de casas altas a cada lado, todas ellas idénticas. Tenían porches y pilares y cuatro o cinco escalones que conducían a sus puertas delanteras, y era evidente que en otro tiempo habían sido residencias muy elegantes. Pero ahora, incluso en la oscuridad, podía ver que la pintura se estaba desprendiendo del enmaderado de sus puertas y ventanas, y que las hermosas fachadas blancas estaban agrietadas y manchadas por el abandono.

De repente, en una ventana de la planta baja, que estaba brillantemente iluminada por una farola a menos de seis metros, Billy vio un anuncio impreso apoyado contra la superficie de uno de sus vidrios superiores. Decía CAMA Y DESAYUNO. Había un jarrón de crisantemos amarillos, altos y hermosos, justo debajo del aviso.

Dejó de caminar. Se acercó un poco más.

Unas cortinas verdes (una especie de material aterciopelado) colgaban a ambos lados de la ventana. Los crisantemos se veían maravillosos junto a ellos. Se acercó y miró a través del cristal de la habitación, y lo primero que vio fue un brillante fuego ardiendo en la chimenea. En la

alfombra frente al fuego, un bonito perrito salchicha estaba acurrucado y dormido con la nariz metida en su barriga.

La habitación en sí, por lo que pudo ver en la penumbra, estaba llena de muebles agradables. Había un piano de cola pequeño, un gran sofá y varios sillones mullidos, y en una esquina vio un gran loro en una jaula. Los animales solían ser una buena señal en un lugar como este, se dijo Billy; y en general, le pareció que sería una casa bastante decente para quedarse. Ciertamente sería más cómodo que La Campana y el Dragón.

Por otro lado, un pub sería más agradable que una pensión. Habría cerveza y dardos por las noches, y mucha gente con la que hablar, y probablemente también sería un poco más barato. Una vez se había quedado un par de noches en un pub y le había gustado. Nunca se había quedado en ninguna pensión y, para ser sincero, le daban un poco de miedo. El propio nombre evocaba imágenes de coles aguadas, patronas codiciosas y un fuerte olor a arenques en la sala de estar.

Después de titubear en el frío durante dos o tres minutos, Billy decidió que seguiría caminando y echaría un vistazo a La Campana y el Dragón antes de decidirse. Se dio la vuelta para irse. Y ahora algo extraño le ocurrió. Estaba a punto de dar un paso atrás y alejarse de la ventana cuando, de repente, su mirada fue captada y retenida de la manera más peculiar por el pequeño aviso que había allí. CAMA Y DESAYUNO, decía. CAMA Y DESAYUNO, CAMA Y DESAYUNO, CAMA Y DESAYUNO. Cada palabra era como un gran ojo negro que lo miraba fijamente a través del cristal, que lo retenía, que lo obligaba, que lo forzaba a quedarse donde estaba y a no alejarse de aquella casa, y lo siguiente que supo es que estaba pasando de la ventana a la puerta principal de la casa, subiendo los escalones que conducían a ella, y extendiendo su mano hacia el timbre.

Presionó el timbre. A lo lejos, en una habitación trasera, oyó el timbre, y entonces, de inmediato —debió de ser de inmediato, porque ni siquiera tuvo tiempo de apartar el dedo del botón del timbre—, la puerta se abrió de golpe y una mujer estaba de pie allí.

Normalmente, uno toca el timbre y tiene que esperar al menos medio minuto antes de que se abra la puerta. Pero esta dama era como una caja de resorte. Presionó el timbre y ¡salio disparada! Le hizo dar un salto.

Tenía unos cuarenta y cinco o cincuenta años, y nada más verle, le dedicó una cálida sonrisa de bienvenida.

"Por favor, pase", dijo agradablemente. Ella se hizo a un lado, manteniendo la puerta abierta de par en par, y Billy se vio a sí mismo entrando en la casa de manera automática. El apremio o, más exactamente, el deseo de seguirla hasta aquella casa era extraordinariamente fuerte.

"Vi el aviso en la ventana", dijo, frenando.

"Sí, lo sé".

"Me preguntaba si había una habitación".

"Está lista para usted, querido", dijo. Tenía una cara redonda y rosada y unos ojos azules muy suaves.

"Iba de camino a La Campana y el Dragón", le dijo Billy. "Pero el anuncio en su ventana me llamó la atención".

"Mi querido muchacho", dijo, "¿por qué no entra para que no esté en el frío?"

"¿Cuánto cobra?"

"Cincuenta y seis peniques por noche, incluido el desayuno".

Era increíblemente barato. Era menos de la mitad de lo que había estado dispuesto a pagar.

"Si es demasiado", añadió, "entonces quizá pueda reducirlo un poquito. ¿Desea desayunar un huevo? Los huevos están caros ahora. Sería seis peniques menos, sin el huevo".

"Cincuenta y seis peniques está bien", respondió. "Me gustaría mucho quedarme aquí".

"Sabía que lo haría. Entre".

Parecía una persona muy agradable. Tenía el mismo aspecto que la madre de tu mejor amigo del colegio, cuando te daba la bienvenida a su casa para pasar las vacaciones de Navidad. Billy se quitó el sombrero y cruzó el umbral.

"Cuélguelo ahí", dijo, "y déjeme ayudarlo con su abrigo".

No había más sombreros ni abrigos en el vestíbulo. No había paraguas, ni bastones, nada.

"Tenemos todo el lugar para nosotros", dijo ella, sonriéndole por encima del hombro mientras lo guiaba hacia arriba.

"Verá, no es muy frecuente que tenga el placer de recibir una visita en mi pequeño nido".

La vieja está un poco chiflada, se dijo Billy. Pero a cincuenta y seis peniques la noche, ¿a quién le importaba? "Hubiera pensado que estaría inundada de solicitantes", dijo amablemente.

"Oh, lo estoy, querido, lo estoy, por supuesto que lo estoy. Pero el problema es que suelo ser un poco quisquillosa y exigente, si entiende a lo que me refiero".

"Ah, sí".

"Pero siempre estoy preparada. En esta casa todo está siempre listo de día y de noche por si acaso llega un joven caballero aceptable. Y es un placer, querido, un placer muy grande cuando, de vez en cuando, abro la puerta y veo a alguien parado ahí que es exactamente el indicado". Ella estaba a medio camino de la escalera, y se detuvo con una mano en la barandilla, girando la cabeza y sonriéndole con los labios pálidos. "Como usted", añadió, y sus ojos azules recorrieron lentamente todo el cuerpo de Billy, de la cabeza a los pies, y luego volvieron a subir.

En el rellano del primer piso, le dijo: "Este piso es mío".

Subieron un segundo tramo de escaleras. "Y este es todo suyo", dijo. "Aquí está su habitación. Espero que le guste". Lo llevó a un pequeño pero encantador dormitorio delantero, encendiendo la luz al entrar.

"El sol de la mañana entra por la ventana, Sr. Perkins. Usted es el Sr. Perkins, ¿no?"

"No", dijo. "Soy Weaver".

"Sr. Weaver. Qué agradable. He puesto una botella de agua entre las sábanas para ventilarlas, Sr. Weaver. Es muy reconfortante tener una botella de agua caliente en una cama desconocida con sábanas limpias, ¿no le parece? Y puede encender el fuego con gas en cualquier momento si tiene frío".

"Gracias", dijo Billy. "Muchas gracias". Se dio cuenta de que habían quitado la colcha de la cama, y que la ropa de cama había sido retirada ordenadamente hacia un lado, todo listo para que alguien entrara.

"Me alegro mucho de que haya aparecido", dijo ella, mirándole a la cara intensamente. "Estaba empezando a preocuparme".

"Está bien", contestó Billy alegremente. "No debe preocuparse por mí". Puso su maleta en la silla y empezó a abrirla.

"¿Y qué hay de la cena, querido? ¿Pudo comer algo antes de venir aquí?"

"No tengo nada de hambre, gracias", dijo. "Creo que me voy a acostar cuanto antes porque mañana tengo que levantarme bastante temprano y presentarme en la oficina".

"Está muy bien, entonces. Lo dejo ahora para que pueda desempacar. Pero antes de que se vaya a acostar, ¿tendría la amabilidad de pasar por la sala de estar de la planta baja y firmar el libro? Todos tienen que hacerlo porque es la ley del país, y no queremos quebrantar ninguna ley a estas alturas del proceso, ¿verdad?" Le hizo un pequeño gesto con la mano y salió rápidamente de la habitación y cerró la puerta.

Ahora, el hecho de que su patrona pareciera estar un poco fuera de sí no preocupaba a Billy en lo absoluto. Al fin y al cabo, no solo era inofensiva —de eso no había duda—, sino que también era, obviamente, un alma amable y generosa. Supuso que probablemente había perdido un hijo en la guerra, o algo así, y que nunca lo había superado.

Así que unos minutos después, tras desempacar su maleta y lavarse las manos, bajó trotando a la planta baja y entró en la sala de estar. Su patrona no estaba allí, pero el fuego brillaba en la chimenea, y el pequeño perro salchicha seguía durmiendo frente a ella. La habitación era maravillosamente cálida y acogedora. Soy un tipo con suerte, pensó, frotándose las manos. Esto está muy bien.

Encontró el libro de visitas abierto sobre el piano, así que sacó su bolígrafo y escribió su nombre y dirección. Solo había otras dos entradas por encima de la suya en la página y, como siempre se hace con los libros de visitas, empezó a leerlas. Una era de un tal Christopher Mulholland de Cardiff. La otra era de Gregory W. Temple, de Bristol. Qué curioso, pensó de repente. Christopher Mulholland. Me suena. ¿Dónde rayos había oído ese nombre tan inusual?

¿Era un niño en la escuela? No. ¿Fue uno de los numerosos novios de su hermana, quizás, o un amigo de su padre? No, no, no era ninguno de esos. Volvió a mirar el libro. Christopher Mulholland, 231 Cathedral Road, Cardiff. Gregory W. Temple, 27 Sycamore Drive, Bristol. De hecho, ahora que lo pensaba, no estaba tan seguro de que el segundo nombre no le resultara tan familiar como el primero.

"¿Gregory Temple?", dijo en voz alta, buscando en su memoria. "¿Christopher Mulholland?..."

"Unos chicos muy encantadores", respondió una voz detrás de él, y se giró y vio a su patrona entrando en la sala con una gran bandeja de té plateada en las manos. La sostenía bien delante de ella, y bastante arriba, como si la bandeja fuera un par de riendas de un caballo jugueteón.

"Me suenan de algún lado", dijo.

"¿Sí? Qué interesante".

"Estoy casi seguro de haber escuchado esos nombres antes en algún lugar. ¿No es extraño? Tal vez fue en los periódicos. No eran famosos, ¿verdad? Me refiero a jugadores de cricket o futbolistas famosos, o algo así".

"Famosos", dijo ella, dejando la bandeja de té en la mesa baja frente al sofá. "Oh no, no creo que fueran famosos. Pero eran extraordinariamente guapos, los dos, eso puedo asegurarlo. Eran altos, jóvenes y guapos, querido, exactamente como usted".

Una vez más, Billy miró el libro.

"Mire aquí", dijo, fijándose en las fechas. "Esta última entrada tiene más de dos años".

"Ah, ¿sí?"

"Sí, en efecto. Y la de Christopher Mulholland es de casi un año antes: hace más de tres años".

"Oh, Dios", dijo ella, sacudiendo la cabeza y soltando un delicado suspiro. "Nunca lo hubiera pensado. Cómo vuela el tiempo, dejándonos atrás, ¿no es así, Sr. Wilkins?"

"Soy Weaver", dijo Billy. "W-e-a-v-e-r".

"Oh, ¡claro que sí!", exclamó ella, sentándose en el sofá. "Qué tonta soy. Me disculpo. Me entra por un oído y me sale por el otro, así soy yo, Sr. Weaver".

"¿Sabe algo?" Dijo Billy. "¿Algo que es realmente extraordinario en todo esto?"

"No, querido, no lo sé".

"Bueno, verá: ambos nombres, Mulholland y Temple, me parece que no solo recuerdo a cada uno por separado, por así decirlo, sino que de alguna manera, de alguna forma peculiar, parece que ambos también están conectados. Como si ambos fueran famosos por lo mismo, si sabe a lo que me refiero, como... como Dempsey y Tunney, por ejemplo, o Churchill y Roosevelt".

"Qué divertido", dijo ella. "Pero venga aquí ahora, querido, y siéntese a mi lado en el sofá y le daré una buena taza de té y una galleta de jengibre antes de que se vaya a acostar".

"Realmente no debería molestarse", dijo Billy. "No quería que hiciera nada parecido". Se quedó junto al piano, observándola mientras ella se afanaba con las tazas y los platos. Se dio cuenta de que tenía las manos pequeñas, blancas y ágiles, y las uñas rojas.

"Estoy casi seguro de que fue en los periódicos donde los vi", dijo Billy. "Me acordaré en un segundo. Estoy seguro de que lo haré".

No hay nada más tentador que una cosa así, que permanece justo fuera de las fronteras de la memoria. Odiaba rendirse.

"Espere un momento", dijo. "Espere solo un momento. Mulholland... Christopher Mulholland... ¿no era ese el nombre del estudiante de Eton que estaba de excursión por el West Country, y de repente..."

"¿Leche?", dijo ella. "¿Con azúcar?"

"Sí, por favor. Y luego, de repente..."

"¿Estudiante de Eton?", dijo ella. "Oh no, querido, eso no puede ser correcto porque mi Sr. Mulholland definitivamente no era un estudiante de Eton cuando vino a mí. Era un estudiante universitario de Cambridge. Venga aquí ahora y siéntese a mi lado y caliéntese frente a este encantador fuego. Vamos. Su té está listo". Acarició el lugar vacío a su lado en el sofá, y se sentó sonriendo a Billy y esperando a que se acercara. Él cruzó la habitación lentamente y se sentó en el borde del sofá. Ella colocó su taza de té en la mesa frente a él.

"Aquí estamos", dijo. "Qué bonito y acogedor es esto, ¿verdad?"

Billy empezó a dar sorbos a su té. Ella hizo lo mismo. Durante medio minuto más o menos, ninguno de los dos habló. Pero Billy sabía que ella lo estaba mirando. Su cuerpo estaba medio girado hacia él, y podía sentir sus ojos posados en su cara, observándolo por encima del borde de su taza de té. De vez en cuando, percibía un olor peculiar que parecía emanar directamente de su persona. No era en absoluto desagradable, y le recordaba... bueno, no estaba muy seguro de a qué le recordaba. ¿Nueces adobadas? ¿Cuero nuevo? ¿O eran los pasillos de un hospital?

"Al Sr. Mulholland le encantaba su té", dijo ella al final. "Nunca en mi vida he visto a nadie beber tanto té como el querido y dulce Sr. Mulholland".

"Supongo que se fue hace poco", dijo Billy. Todavía se estaba rompiendo la cabeza con los dos nombres.

Ahora estaba seguro de que los había visto en los periódicos, en los titulares.

"¿Se fue?", dijo ella, arqueando las cejas. "Pero mi querido muchacho, él nunca se fue. Todavía está aquí. El Sr. Temple también está aquí. Están en el tercer piso, los dos juntos".

Billy dejó su taza lentamente sobre la mesa y miró fijamente a su patrona. Ella le devolvió la sonrisa, y luego extendió una de sus blancas manos y le dio unas reconfortantes palmaditas en la rodilla. "¿Cuántos años tiene, querido?", preguntó.

"Diecisiete".

"¡Diecisiete!", exclamó. "¡Oh, es la edad perfecta! El Sr. Mulholland también tenía diecisiete años. Pero creo que era un poco más bajo que tú, de hecho, estoy seguro de que lo era, y sus dientes no eran tan blancos. Tiene los dientes más bonitos, Sr. Weaver, ¿lo sabía?"

"No son tan buenos como parecen", dijo Billy.

"Simplemente tienen rellenos en la parte de atrás".

"El señor Temple, por supuesto, era un poco mayor", dijo ella, ignorando su comentario. "En realidad tenía veintiocho años. Y, sin embargo, nunca lo habría adivinado si él no me lo hubiera dicho, nunca en toda mi vida. No había ni una mancha en su cuerpo".

"¿Una qué?" Dijo Billy.

"Su piel era como la de un bebé".

Hubo una pausa. Billy levantó su taza y tomó otro sorbo de su té, luego la dejó suavemente en su plato. Esperó a que ella dijera algo más, pero parecía haber caído en otro de sus silencios. Se quedó sentado mirando al frente, en la esquina más alejada de la habitación, mordiéndose el labio inferior.

"Ese loro", dijo por fin. "¿Sabe algo? Me engañó por completo cuando lo vi por primera vez por la ventana desde la calle. Habría jurado que estaba vivo".

"Por desgracia, ya no".

"Es tremendamente inteligente la forma en que se ha hecho", dijo. "No parece muerto, en lo más mínimo. ¿Quién lo hizo?"

"Yo lo hice".

"¿Usted lo hizo?"

"Por supuesto", dijo ella. "¿Y también ha conocido a mi pequeño Basil?" Señaló con la cabeza al perro salchicha acurrucado tan cómodamente frente al fuego. Billy lo miró. Y, de repente, se dio

cuenta de que ese animal había estado todo el tiempo tan silencioso e inmóvil como el loro. Extendió una mano y lo tocó suavemente arriba del lomo. El lomo era duro y frío, y cuando apartó el pelo con los dedos, pudo ver la piel que había debajo, de color grisáceo-negro y seca, perfectamente conservada.

"Por Dios", dijo. "Qué fascinante en verdad". Se apartó del perro y miró con profunda admiración a la pequeña mujer que estaba a su lado en el sofá. "Debe ser muy difícil hacer una cosa así".

"En absoluto", dijo ella. "Yo misma relleno a todas mis mascotas cuando fallecen. ¿Quiere otra taza de té?"

"No, gracias", dijo Billy. El té tenía un ligero sabor a almendras amargas, y no le gustaba mucho.

"Firmó el libro, ¿no es así?"

"Oh, sí".

"Qué bueno. Porque más adelante, si se me olvida cómo se llamaba, siempre puedo venir aquí y buscarlo. Todavía lo hago casi todos los días con el Sr. Mulholland y el Sr.... El Sr...."

"Temple", dijo Billy. "Gregory Temple. Perdone que le pregunte, pero ¿no ha habido aquí ningún otro invitado más que ellos en los últimos dos o tres años?"

Sosteniendo su taza de té en una mano e inclinando ligeramente la cabeza hacia la izquierda, ella le miró con el rabllo del ojo y le dedicó otra pequeña y amable sonrisa.

"No, querido", dijo ella. "Solo usted".